

III.

LA REBELION.

EL PRESTIGIO DE UN LIBELISTA.—DOS ATEOS.—
UN JUDÍO.—PROYECTO INSENSATO.—LOS VEIN-
TICINCO FRANCO DE NUESTRA SEÑORA DEL SA-
GRADO CORAZON.—HUIDA DE LA CASA PATERNA.
—METTRAY.—EXISTENCIA POR PARTIDA DOBLE.
—CARTA DE MI PADRE Á PÍO IX.—CONTESTA-
CION DEL SOBERANO PONTÍFICE.

El día 1° de Julio de 1868, estalló un rayo en la atmósfera política; apareció el primer número de la *Lanterne*, de Enrique Rochefort.

De un extremo al otro de Francia, no se hablaba más que del virulento libelo semanario.

No bien sané de mi fiebre tifoidéa, cuando quise leer las acerbas páginas de ese Rochefort, que desconocido la víspera, revolvía al país.

Conseguí los ocho ó nueve números pasados de la *Lanterne*, y literalmente los devoré.

—Hé aquí mi hombre, me dije. Mi entusiasmo por Rochefort rayaba en el delirio.

Pasé el mes de Agosto en una agitacion, de que es imposible formarse una idea.

La *Lanterne* había provocado en las provincias la aparicion de una multitud de hojas virulentas, que yo saboreaba con delicia.

Habría querido ser periodista.

¡Qué sueño tan hermoso el de escribir y ser leído por el público!

Compré todos los periódicos del partido *avanzado*, y los coleccioné de una manera secreta.

Las doctrinas revolucionarias me atraían como un imán. Aprendía de memoria los escritos más exaltados.

La mayoría de las gacetas revolucionarias no tenían redactores bastante ricos para permitirse el lujo del caucionamiento legal, y no podían por lo tanto hablar de política, sino con alusiones y palabras de doble sentido. Pero como era preciso llenar las columnas, la emprendían contra la Religion y sus ministros. Por lo demas, todas esas hojas, para tener una razon de ser, se decían *periódicos filosóficos*.

Cuando es uno jòven y se llena de admiracion por un hombre, quiere á todo trance conocerlo.

Me presentaba, pues, en las redacciones y con

el primer pretexto que se me ocurría, solicitaba hablar á los escritores que admiraba.

En todas partes fui bien recibido. El caso era realmente singular. ¡Qué podía haber de más extraño á los ojos de esos periodistas revolucionarios y ateos, que aquel hijo de una familia notable en toda la poblacion por su piedad, y el cual acudía á ellos con toda la fogocidad de sus catorce años?

Así pues, á fines de Agosto entablé relaciones con dos liberales materialistas, los Sres. Leballeur Villiers y Royannez, cuya amistad ejerció sobre mí una influencia decisiva.

El Sr. Leballeur-Villiers era el tipo perfecto del revolucionario.

Se verificaban reuniones en su casa para conspirar contra el Poder.

Era fotógrafo de profesion; pero se ocupaba más en la politica que en la fotografia.

Era este hombre un gran diablo, seco, nervioso, enérgico; usaba perilla entre cana ya, y tenía los ojos chispeantes. Se le habria tomado por un Mefistófeles de cincuenta años. El 2 de Diciembre habia sido desterrado, si mal no recuerdo á Lambessa. Odiaba al Imperio con un odio implacable,

Cuando me refería los sufrimientos de su destierro, estaba yo colgado de sus lábios.

Me hubiera dejado matar por el Sr. Leballeur.

Tenia una esposa muy sencilla, muy amable; consagrada á su marido, sufría las consecuencias de la influencia de éste y participaba de sus ideas.

Sentía yo una especie de embriaguez cuando me hallaba á su lado.

El Sr. Leballeur-Villiers manejaba las armas, y era excepcionalmente diestro en la pistola.

Á veinticinco pasos de distancia, metía una bala en medio de un blanco de solo diez centímetros de diámetro

Un día, tomaba yo el café en su casa. Se entretenía en tirar en su jardin.

—Señor Leballeur, le dije, ¿quereis un buen blanco? Apuntad á este platillo.

Y estendiendo el brazo presenté con la mano el pequeño plato de mi tasa de café.

—Sea, me contestó, no os movais. Su esposa arrojó un grito.

—No os movais.

Permanecí inmóvil, confiando en su destreza.

Suele uno hacer estas locuras cuando es niño.

Disparó. El platillo volò en pedazos.

—¡Bravo! exclamé.

—Bravo por vos, jóven, repuso él.

Y me abrazó.

Despues agregó, volviéndose á su esposa:

—¡Hé aquí á alguien que, si fuere preciso, sabrá cumplir con su deber sobre una barricada!

Me pareció desde entonces que éramos el uno para el otro.

M. Leballeur-Villiers no se engañaba respecto de mí. Dada mi exaltacion en aquella época, habría yo dado en un momento mi vida por la República.

En cuanto á M. Royannez, era muy distinto. Barrigon, de cara ancha, tenía las maneras más apacibles. No obstante, escribía en los periódicos artículos cuya violencia no era inferior á los de la *Lanterne*; conspiraba en familia.

M. Laballeur-Villiers, creía todos los días que había llegado el momento de lanzarse á la calle. M. Royannez lo calmaba, diciéndole que los espíritus no estaban aún suficientemente preparados. Opinaba porque debían esperarse los acontecimientos. Era éste un revolucionario teórico, mientras que M. Leballeur-Villiers, era un revolucionario práctico.

Toda mi simpatía estaba por éste último. La prudencia del otro me parecía siempre impertinente.

¡Jamás se acabaría con el Imperio, si se dejaba continuamente la revolucion para mañana!

Un día, fué un soldado á retratarse á la fotografía de M. Leballeur-Villiers. Una vez termi-

nada la operacion, se pusieron á conversar. El artista aprovechaba cualquiera circunstancia para hacer su propaganda. Acosado el militar, acabó por declararse republicano. M. Leballeur-Villiers lo convidó á comer. Se sentía feliz.

—El ejército está con nosotros, decía por la noche; podemos avanzar.

Hablaba en estos términos con la mejor buena fé.

M. Royannez, templaba ese frenesí. Era el sabio Nestor que contenía los bríos de aquel fogoso Aquiles.

En casa de M. Royannez la vida era tranquila. No se rompían ahí platillos á pistoletazos. Tenía M. Royannez algo de patriarcal. Platicaba con su esposa de cosas domésticas, reservando todas sus teorías políticas, para la educacion de su hija Juana, que debía ser con el tiempo la Sra. Clovis Hugues.

Conoci tambien á la sazón, un tercer radical, el judío M. Simon Weil. Éste detestaba en primer lugar al catolicismo, y en segundo al Imperio. Me había cobrado gran cariño, y me decía á cada paso:

—El primer enemigo es el Papa. Cuando hayamos destruido la Iglesia, todo lo demás será fácil.

Mi padre ignoraba estas relaciones. Le amaba

mucho, y no me sentía con valor para confesarle el cambio que había yo experimentado.

Para no afijirlo, le acompañaba los domingos á Misa. Cuando comulgaba, yo me acercaba con él á la Sagrada Mesa, profanando sin escrúpulo un Sacramento en el que no creía ya. No obstante, me repugnaba semejante conducta. Sin preocuparme en lo más mínimo mis sacrilegios, me desolaba el ser hipócrita. Mi crimen ante Dios me tenía sin cuidado, mientras que mi simulacion ante mi padre me pesaba.

Pero ¿cómo decirle la verdad? ¡Qué golpe sufriría al saberla!

Vacilaba siempre, y no podía resolverme á revelarle la situacion.

Entre tanto, Rochefort, perseguido y sentenciado, se había visto obligado á refugiarse en Bélgica. El libelista desterrado aparecía ante mí con una auréola de persecucion, que duplicaba su prestigio, á mi modo de ver.

No sé cómo una mañana, me asaltó la idea de ir á Bruselas á reunirme con él. Era una idea loca, absurda; pero en el estado de ánimo en que me hallaba, nada me parecía imposible.

Me decía á mí mismo, que mi destino estaba al lado de Rochefort.

—Iré, pensaba, me le presentaré, le contaré mi historia y me comprenderá. Para subsistir, acep-

taré cualquier empleo, aunque sea el de lavaplatos en una fonda. En las horas de descanso escribiré; haré un libro, y estando así fuera del alcance del gobierno imperial, tomaré parte con la pluma en la guerra sin cuartel, cuya señal ha dado la *Lanterne*. Despues, á la hora de la revolucion, vendré á Paris á unirme á los sublevados, y con el fusil en la mano combatiré por levantar la República sobre las ruinas de la tiranía.

Tal era mi plan, y acariciaba este proyecto, sin ver todo lo que tenía de insensato. No vivía yo mas que para realizarlo.

La mayor dificultad estaba en llegar á Bélgica. De Marsella á Bruselas hay una gran distancia.

Atravesar Francia era un sueño. Se me figuraba que una vez puesta la frontera entre mis padres y yo, nadie podría volverme á la casa paterna.

Hice mis cuentas—porque aun tenía que hacer cálculos sobre la base de mis escasos recursos—y resolví pasar al extranjero por los Alpes. Podía llegar hasta ahí. Una vez en Italia, me decía yo viviré como se pueda, colocándome un mes en una poblacion, otro mes en otra, en cualquier empleo, reservando lo que gane para mis gastos de viaje, y acercándome de este modo en pequeñas jornadas á esa tierra prometida de mi imaginacion exaltada, Bélgica.

No tenía ánimo para confesar á mi padre que había perdido la fé, y me preparaba á abandonar á mi familia para siempre. Que explique quien pueda semejante anomalía.

En la casa no era yo solo quien se entregaba clandestinamente á leer los periódicos ateos y los libelos revolucionarios. Mi hermano, aunque mayor que yo, resentía mi influencia. Á pesar de que tenía cuatro años de edad más que yo, una sola clase nos separaba en el colegio. Así en Mongré, él estaba en la cuarta y yo en la quinta. Durante las vacaciones andábamos juntos. No salíamos una sola vez el uno sin el otro.

Aunque no era tan apasionado en política como yo, mi hermano tenía igualmente el carácter aventurero, y llegó á ser mi cómplice en la simulacion ante mi pobre padre.

Mi hermano acogía, pues, espontáneamente mis proyectos, y cuando le hablé de huir de la casa paterna, para dar término á una existencia que nos pesaba, aceptó mi plan de viaje.

Vendimos cuanto teníamos. Uno á uno trasportamos al expendio de libros viejos nuestros diccionarios, nuestros libros de texto y otros. Teníamos una buena biblioteca. Esas ventas habían sido hechas con habilidad, sin que nuestros padres sospecharan que, los estantes siempre cerrados, en que guardábamos nuestras cosas, estaban

vacíos. Sin conservar más que lo estrictamente necesario, habíamos extraído igualmente aquellos trajes que era posible vender por cualquier cosa á los compradores de ropa usada. Durante cinco ó seis semanas, no habíamos gastado un solo cuarto de las pequeñas cantidades que la familia nos daba para nuestras golosinas. Por último, en el día mismo de la partida, vendimos nuestros relojes y nuestras alhajas. Teníamos por todo, cerca de ciento cincuenta francos; mas como nunca habíamos poseído semejante fortuna, creíamos firmemente que con aquello nos bastaría para ir hasta el fin del mundo, si fuera preciso.

Partimos el día 18 de Octubre, por la mañana. Era domingo. Amenazaba tormenta.

Dije á mi padre que íbamos mi hermano y yo á oír Misa al santuario de Nuestra Señora de la Guardia, y que despues de esa corta peregrinacion, si el tiempo se componía, daríamos una vuelta por el mar.

A fin de que no se sospechara nuestra huida, tuve la desvergüenza de rogar á mi madre, que mandara preparar para la comida un platillo que me gustaba mucho; agregando que estaríamos de vuelta á las once y media en punto.

Estalló la tormenta, y hubo una tempestad espantosa.

Mi hermano y yo fuimos arrebatados por ella.

—Nuestros padres creerán, decíamos, que nos cogió la tempestad paseando en el mar, y supondrán que hemos sido víctimas de nuestra imprudencia.

Pero, hé aquí algo muy singular que dará al lector una idea exacta de mi carácter.

No habiendo jamás confesado al abate Jouet la trasformacion que sufría yo, seguía siendo, á pesar mío, celador de la *Pequeña Obra*. Teniendo en mi poder las listas de suscritores, me había sido preciso, so pena de que se descubrieran mis proyectos, continuar recogiendo las cuotas de las personas entre quienes había anteriormente propagado la devocion de Nuestra Señora del Sagrado Corazon.

De aquí mi fastidio y mi perplegidad. Ese dinero no era mío. A pesar de haber sido destinado á la Iglesia, que yo consideraba entónces como el enemigo, y no obstante mi ardoroso afan por aumentar mis fondos, fuera por el medio que fuese, yo no podía apropiarme la suma que tenia en mi poder; esto hubiera sido un robo.

Algunos días ántes de nuestra fuga, encontré al abate Jouet.

Indudablemente, despues de mi separacion de San Luis, el abate Carbonnel, mi último profesor, hizo algunas confidencias al director de la *Pequeña Obra*. Probablemente le habia hecho partici-

par de sus temores respecto de mí. En efecto, el abate Jouet se mostró reservado al verme. Yo estaba en la calle, platicando con uno de mis nuevos amigos, cuya catadura era eminentemente democrática.

Dejando á mi amigo, me dirigí al misionero de Nuestra Señora, muy aturdido.

—Señor abate, le dije, tengo algunos fondos destinados á la *Pequeña Obra*. Dignaos decirme á qué hora estaréis mañana en casa, á fin de que os entregue ese dinero.

La suma era de veinticinco francos, poco más ó ménos. A otro día, á la hora convenida, la entregué al abate Jouet.

Cuando, un mes despues, en vista de las tristes noticias que de mí se recibieron en San Luis, el misionero no tuvo ya duda alguna acerca de mi perdicion, que á todos parecía irremediable, se maravilló de mi conducta en lo que concernía á la *Pequeña Obra*.

Todos decian:

—Nuestro pobre Gabriel se ha perdido para siempre; morirá en la impenitencia final.

Entre los profesores del Colegio Católico, solo el abate Jouet tenía esperanza de que volvería yo á la verdad.

—No, replicaba; no es posible que la gracia abandone á nuestro querido alumno. Cuanto más

él la repela, ella lo seguirá más y más; lo vencerá en los momentos en que él se crea más fuertemente acorazado por el mal. Tiene en su favor, contra todo el infierno desencadenado, la protección de María.

En Junio de 1882, fui á Italia con motivo de los funerales de Garibaldi. En Roma me invitó la *Asociación Democrática* de estudiantes de la Universidad, para dar una conferencia á la juventud de las escuelas. El Sr. Senador Caracciolo de Bella puso á mi disposición la sala de la Sociedad Progresista. Ahí, frente al Vaticano, con el corazón henchido de odio satánico, y con un furor sin igual, me desaté en invectivas contra la religión y el Pontificado.

En ese mismo día 10 de Junio, otra voz se elevaba desde el púlpito de una Iglesia de Roma, diciendo:

—Roguemos, hermanos míos, roguemos por un ciego, roguemos por uno de mis antiguos discípulos, que el infierno nos ha arrebatado, y que es preciso arrebatarse al infierno.

Y el predicador, sin nombrarme, refirió la historia de los veinticinco francos de la *Pequeña Obra*. Al relatar esa anécdota, tenía los ojos bañados de lágrimas. Las plegarias de los fieles llegaron al cielo.

Este predicador, era el anciano misionero de

Issoudum, mi profesor en San Luis. Había realizado su sueño dorado de Apóstol. No se llamaba ya el *abate* sino el *padre* Jouet. La orden religiosa de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, aprobada por el Papa, cuenta actualmente con numerosos miembros esparcidos por los más recónditos lugares del globo. Hé aquí porque en 1882 el Padre Jouet, superior general, residía en Roma.

Pero volvamos á la poco edificante aventura de mi fuga de la casa paterna.

Era, pues, un domingo. Mi hermano y yo partimos. Tomamos el tren y nos detuvimos en Aix, donde pasamos el resto del día. Nos juzgábamos errantes, y se nos figuraba que todo el mundo reparaba en nosotros. A fin de pasar inadvertidos, procurábamos confundirnos entre la multitud.

Un café-cantante nos atrajo con su batahola, y nos precipitamos en él. Aquellos gritos de cantores de la peor ralea, aquel ruido de una murga reducida á su más simple expresión, pero que no obstante hacía una zambra excesiva; aquella atmósfera llena de humo, saturada de las emanaciones del alcohol y del acre hedor de la multitud, todo esto nos aturdió, y ya un poco ébrios nos olvidamos, en medio de aquel centro inmundo y malsano, del padre y de la madre, que allá en

Marsella estaban desolados y transidos de angustia mortal.

Comimos sin apetito, en una fonda de última clase. Despues de la comida volvimos á aturdirnos en el nauseabundo y cencerril casino.

Habia que esperar la media noche, hora en que salía la diligencia para Digne.

¡Ah, qué noche tan mala pasé en el pesado vehiculo! Los saltos de este, y los remordimientos de mi villana accion, no me dejaron dormir.

Mi itinerario era el siguiente:

Llegar á la frontera por la parte Norte del departamento de los Bajos-Alpes, y entrar á Italia atravesando montañas por la garganta de la *Argentière*.

En *Digne* hay dos caminos para la frontera. El más corto, que va por Javie y Barceloneta, tenia el inconveniente de que atraviesa por lugares relativamente populosos, donde podiamos ser notados; por lo ménos, teniamos miedo de ello. El más largo, por Barrême, nos obligaba á volver á descender á Var, desde luego; pero una vez que hubiéramos atravesado por Barrême, no pasaríamos más que por pequeñas aldeas, trasponiendo sin cesar montes y valles, costeano los Alpes Marítimos, y llegando por fin á la garganta de la *Argentière*, por una region poco ménos que desierta, y llena de desfiladeros casi intransitables.

Tal fué la razon de que, despues de haber pasado la mañana en Digne, tomamos la diligencia de Barrême. Solo que, para no hacer alto en esta capital de distrito, nos detuvimos en una miserable aldea, de unos cuarenta habitantes, llamada Norante.

Ahi, estábamos ya en plena sierra. El lugar nos encantaba. Dos deseos contrarios luchaban en nosotros: por una parte ansiábamos llegar á Italia; por otra experimentábamos la necesidad de respirar aun nuestro pátrio aire de Francia.

Se decidió, pues, que permaneciéramos en Norante hasta el Juéves, y que en seguida partiríamos, sin volvernos á detener en parte alguna.

Como el lector lo habrá supuesto, no habia hotel en Norante; pero una familia de labriegos nos albergó. Aquellas buenas gentes, á quienes contamos una historia cualquiera, tenian por apellido Féraud, si mal no recuerdo.

El Juéves 22 de Octubre, cuando andábamos vagabundiando por las colinas, nos digeron que el Brigadier de la policia de Barrême queria hablar con nosotros.

Comparecimos algo cabizbajos ante el representante de la fuerza pública; este nos dijo,—lo cual nos aterró—que nuestro padre nos esperaba en *Digne*, á donde nos ordenó volver.

El gendarme se ofreció, con una bondad notablemente maliciosa, á ser nuestro compañero de viaje.

Cualquiera resistencia era imposible.

Regresamos inmediatamente á Digne. El Sr. procurador imperial nos propinó una cruda reprimenda en presencia de nuestro padre, que estaba por cierto más afligido que nosotros. El pobre se creía víctima de una pesadilla.

—Pero, en fin, nos decía, sollozando, ¿por qué os habeis fugado? ¿Quién ha podido induciros á abandonar la casa?

Nosotros llorábamos también, y digimos lo que pensábamos escribir á nuestros padres cuando hubiéramos pasado la frontera.

Nuestro pobre padre estaba aturdido, aterrado.

Por fin, regresamos con él á Marsella; en el camino, nos refirió lo que había pasado.

Al ver que no volvíamos á casa el día de nuestra fuga, se nos creyó víctimas de algun accidente. Nuestra madre fué á la casa de uno de nuestros amigos, antiguo compañero de colegio, á fin de preguntarle, por qué rumbo nos habíamos ido á pasear.

Nuestro amigo, uno de los muy pocos á quienes habíamos participado nuestra fuga, declaró no tener noticia sino de un proyectado paseo por el mar.

No sé en qué términos se expresó; pero su declaración infundió sospechas á nuestra madre, y la excelente mujer comprendió que ninguna desgracia había acontecido, sino que algo se le callaba.

Volvió á casa, abrió nuestros estantes, y al verlos vacíos, se persuadió de nuestra fuga.

Algunos periódicos olvidados ahí, llamaron su atención; eran las hojas de M. Rollanes. Es probable que algunas veces hayamos dejado escapar apreciaciones de simpatía hácia el periodista liberal de Marsella. Nuestra madre las recordó, y con esa inspiración que solo el amor produce, dijo:

—En casa de M. Rollanez sabré la verdad.

No se engañó.

M. Rollanez, á cuya casa acudió no le ocultó nada. Le comunicó cuanto sabía, le aseguró que había pretendido disuadirnos,—decía la verdad— y le manifestó que habíamos partido en dirección á Digne.

Entonces la familia se dirigió á la autoridad; funcionó el telégrafo, y nuestro itinerario fué descubierta.

Restituidos á la casa, tuvimos que sufrir los regaños de todos nuestros parientes, regaños evidentemente muy merecidos.

Las explicaciones que por mi parte daba, aun-